

"París, Babilonia del Sena"

—Continúa y concluye—

Influencia séptica de París sobre Francia toda — La sociedad no era sino campo de especulaciones — Todo contagia un régimen corrupto — Aventura frustrada y matrimonio formalizado — Ni la residencia imperial se veía libre de heteras — Herida en su orgullo de mujer, Eugenia entabla el divorcio — El teatro pornográfico y secreto del Emperador — Por las filas del ejército cunde el homosexualismo — Inlujo del clima y de la falta de mujeres — La "Pequeña África" proveyó a Francia de sus más postituídos oficiales — Ni las grandes damas parisienses escapaban al vicio vitando — Napoleón III, nuestro redentor.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO X

"PARIS, BABILONIA DEL SENA"

—Continúa y concluye—

El hijo del cieno de cieno mancha todo lo que toca.

AUNQUE cause espanto esta pormenorizada exposición de la podredumbre del Estado, del ejército, de la sociedad franceses, constantemente atizada con el ejemplo y por el interés del hijo de Hortensia de Beauharnais; es necesario continuarla para allegar instrumentos de juicio, y así abarcarla en todo su horror.

Vamos a conocer en subsecuentes líneas, el fidelísimo retrato que ese partidario, ese admirador, ese panegirista de Luis Napoleón, Imbert de Saint-Amand, nos ha legado.

LA METROPOLI DEL IMPERIO FRANCES EJERCIO
UNA INFLUENCIA MEFITICA E INDECLINABLE

"El estado moral del pueblo francés, nos dice aquel escritor, y particularmente de la sociedad más elevada, era tan poco lisonjero, que no cabe negar que contribuyó a la deca-

dencia del Imperio. Antes de pasar a ocuparnos de él, conviene advertir que no se debe imputar a toda Francia los males que emanaban más particularmente de París; pero también se debe confesar que a causa de la inmensa influencia que la capital y su gobierno centralizador ejercían sobre el resto del país, se extendió irremisiblemente el contagio. También sería injusto atribuir al Imperio toda la responsabilidad de la desmoralización creciente, pues sus caracteres principales aparecieron ya bajo la monarquía de julio.

"Para pintar con sus verdaderos colores, bastante oscuros por cierto, dicho estado social, no acudiremos a lo que puedan decir de él los historiadores extranjeros, sino que a fuer de imparciales trasladaremos a este capítulo algunas consideraciones debidas a escritores franceses, testigos naturalmente de mayor excepción.

PARA EL JOVEN FRANCÉS DE LA EPOCA LA
SOCIEDAD SOLO ERA UN MERCADO LUCRATIVO

"Uno de ellos, E. Montegut, dijo, describiendo al joven francés, "que dotado por la naturaleza de cualidades nobles, tenía que reconocer a su entrada en la sociedad que para ella todo sentimiento noble y generoso era un objeto de lujo, y que el que no quisiera ser explotado ni ponerse en ridículo necesitaba resolverse a luchar con las armas que la misma sociedad le daba. El joven francés, añadía Montegut, opone a la dureza el egoísmo; no se fía ni desconfía en absoluto de las personas que le rodean; quieren explotarle y por lo mismo se cree con derecho a explotarlas a su vez. Para él la sociedad representa un cambio de servicios lucrativos; es duro y cruel con toda tranquilidad de conciencia; es generoso con orgullo y sin entusiasmo. No conoce el odio porque no da resultados provechosos; para él es tan inútil vengarse como perdonar, pero al mismo tiempo no olvida. De esta manera cuenta sólo consigo mismo, convencido de que el hombre es el enemigo natural del hombre. Su conciencia le prohíbe devorar a nadie, pero cumpliendo con este deber se considera con derecho a luchar hasta lo último para no dejarse devorar por los demás". Esto escribió el citado autor, que muy lejos de pertenecer a la oposición fué desde 1862 el crítico literario del **Monitor oficial**.

LOS OROPELES DE LA PROSPERIDAD MATERIAL
OCULTABAN LAS CORROSIVAS LACRAS SOCIALES

"El extranjero que llegaba a París veía luego a la Francia grande, próspera y floreciente; pero al observar más de cerca las cosas cambiaba muy pronto de ideas, y muchos observadores extranjeros se complacían en pintar con colores lúgubres a esta nación ciega y corrompida, lanzada con ardor febril a todas las exageraciones del materialismo más grosero, del lujo más escandaloso y del afán de goces sensuales. París fué llamado por todos: la Babilonia del Sena, y un distinguido autor, Beaumont Vassy, escribió en 1860: "Toda idea de deber, de justicia y de honor ha desaparecido; el conjunto produce la impresión de una danza macabra de Holbein, alrededor del becerro de oro. En la cúspide de la escala social se halla la familia imperial, que toma la iniciativa de todos los excesos y de todas las debilidades. La charla frívola de las Tullerías, de las embajadas, de los ministerios, gira únicamente alrededor de las aventuras misteriosas del Emperador y de las personas que el día anterior le han acompañado. La inmoralidad se asoma por todos lados; todo el mundo vive y se recrea en esta atmósfera malsana; los periódicos y las obras dramáticas ensalzan y glorifican escándalos tan horribles que es difícil acostumbrarse a los usos y a las escenas de este lazareto. Las tres bases de toda sociedad civilizada, el ejército, la justicia y la administración, están corrompidas en Francia. La justicia se encuentra en situación tan abyecta que los ministros la aplican a su capricho, según les inspira la ira o la amistad. El magistrado es un empleado que en lugar de consultar los autos para formar su juicio, pregunta a su superior. La opinión inmoral y de escritores mercenarios. No se deja penetrar ninguna luz en esta atmósfera malsana, se reparte la verdad en dosis homeopáticas y se deja consumir la nación en esta ignorancia cómoda y estúpida. La vida es artificial, todo es antinatural; el lujo es loco, las inmoralidades son irritantes; no hay más Dios que el dinero ni más ideal que el estómago. En el ejército francés ha penetrado la decadencia que lo dividirá y deshonrará. Los ascensos se esperan sólo del favor. Nadie habla de estudiar ni de aplicarse; en todas partes se ven sólo la ociosidad, la indolencia y la codicia. Ya no se sirve a la Francia, a la bandera y al honor; sólo se precipita la gente sobre las ocasiones de servir a la dinastía. El espionaje y la delación

se encuentran, según se asegura, en todos los grados de la escala social. Africa es una escuela funesta para el ejército francés; allí hay celadas, combates de sorpresa y falsedad, y se provocan sublevaciones para conseguir ascensos y favores. La centralización ha hecho de Francia una gran máquina que mantiene un ejército de burócratas rutinarios y arbitrarios. Casi todos los puestos de la administración han caído en manos de abogados y periodistas, es decir, en las peores manos en que una nación pueda confiar su suerte. Desde 1793 estas dos clases de holgazanes obtienen todos los puestos, se meten en todas partes y lo rebajan y echan a perder todo. No hay más que abrir los ojos y contar: embajadores, ministros, diputados, casi todos son abogados o periodistas, pero raras veces son escritores y oradores verdaderos, son simplemente parlanchines. El periodismo francés es un instrumento que sólo sirve para el pueblo francés. Salvo dos o tres excepciones, estos extraños periódicos no saben nada de cuanto ocurre en el resto del mundo. Su mundo está comprendido entre el boulevard Montmartre y la Magdalena. Su polémica es una contienda viva entre dos especialistas que procuran atraer al público a su tienda. El francés no se cuida de lo que pasa fuera de sus fronteras, pero quiere que le entretengan, y así se le divierte; por esto se ha hecho el periodismo la crónica de las alcobas sospechosas y de las historias escandalosas de la ciudad y de la corte. El periódico que sabe husmear con más destreza, tiene éxito y se hace popular. Si estos dos manantiales de la literatura llegaran a cegarse súbitamente, el periodismo francés dejaría de existir, moriría de terrible amemia".

"Aunque en este cuadro los colores son demasiado fuertes, no puede negarse la exactitud del dibujo. Otro testigo. Helie, que miraba las cosas desde un punto de vista enteramente diferente y que escribió sus impresiones después de la caída del Imperio, autor de la obra de las constituciones políticas de Francia, bonapartista independiente, hombre de opiniones moderadas en todo, y como proteccionista inclinado a culpar en gran parte al libre cambio del materialismo creciente, señala los siguientes defectos nacionales como causa de la decadencia de la Francia.

"Vanidad y orgullo, frivolidad y falta de previsión, arrogancia y precipitación en nuestras resoluciones, unidas al pronto desaliento, predilección por los placeres y la vida cómoda, pasión por la moda, unida al prurito implacable de ha-

cer la oposición, menosprecio de las formas legales, complacencia demasiado condescendiente, pasión inconsiderada por lo extranjero, terquedad en sostener nuestra opinión y derecho, y finalmente, nuestro peor defecto, la pasión por la igualdad social..."

EXCEPCIONALES SON LOS HOMBRES QUE BAJO UN
REGIMEN SEPTICO PERMANECEN LIBRES DE CONTAGIO

Claro está que cuando un hombre depravado se eleva por encima de una sociedad y llega a dominarla por completo, hasta tenerla bajo su férula y a su merced, en todas las esferas refléjase el influjo degradador del amo a quien primero se ha consentido; pero que, a la postre, llega a erigirse en algo así como una divinidad omnipotente, a quien acaban sometiendo aún espíritus que siempre se caracterizaran por su independencia.

Y cuando el celerario déspota consigue prolongar su predominio, acaba contaminando con su influencia séptica, cuanto sufre su pernicioso contacto, hasta prostituir los más sagrados principios de la moral política, de la moral militar, de la moral privada y de la moral social.

LA HABILIDOSA EUGENIA AL SER SORPRENDIDA
EN SU ALCOBA EXIGIO LA PROMESA MATRIMONIAL.

Napoleón III llegó en sus excesos a desenfrenos insospechados. Para satisfacer sus torpes deseos, sus cortesanos disputábanse el **honor** de proveer el lecho imperial; como en el pasado los envilecidos miembros de la más rancia nobleza tropezábanse para llegar los primeros a obtener para la esposa, la hija, la sobrina o la ahijada, el favor del disoluto soberano.

La malsana incontinencia del hijo de la reina de Holanda, hacía explosión hasta cuando le reclamaban los más graves negocios del Estado.

Cierto que la condesa de Teba, aquella irresistible noble, tronada y aventurera, tan sabiamente aleccionada por su experta madre, resistió los anhelantes e insistentes asedios amorosos, mientras el amo y señor de Francia no se mostró dispuesto a conducirla al altar; pero se trataba de una española

que, además de haberse impuesto el predeterminado designio inquebrantable de ser emperatriz, adornaba su nada bonancible situación económica y oponía a las humillaciones que la grandeza del país de su residencia infería, antes naturalmente de ascender al trono, nombres, apellidos y títulos sonoros y suntuosos, avalados por sus pergaminos centenarios. He aquí la interminable lista de ellos, que conocemos: Doña María Eugenia de Guzmán Portocarrero y Palafox, condesa de Teba, marquesa de Ardales, de Osera, de Moya, condesa de Ablitas, de Baños —con nobleza de primera clase—, de Santa Cruz de la Sierra, vizcondesa de Calzada,

Pues bien, Doña María Eugenia de Guzmán, etc., se comportó tan hábilmente para el logro de su firme propósito, que el día, o por mejor decir la noche en que todo había quedado dispuesto para que Luis Napoleón viera hecho realidad su sueño —con una aventura, no con un matrimonio—; al penetrar en la alcoba de la señorita de Teba, por la puerta, o por la gatera, que astutamente bien estipendiadas manos habían dejado franca para que el galán tuviese solapado acceso y clandestinamente venciera la resistencia de la beldad, la andaluza irlandesa abroquelóse en una ofendida arrogancia, y desarmado el cortejante frente a su majestuosa dignidad, acabó, corrido, preguntándole:

—¿Pero qué camino es entonces el que a vuestro corazón conduce?

—El de la vicaría, sire, —replicó ella, que acabó arrancando una categórica carta de solicitud de mano—.

Sin embargo, la vida marital al lado de Eugenia, no fué bastante a satisfacer el hambre, nunca saciada, de picarescas travesuras que a Napoleón III, el eterómano incurable, eternamente enardecía.

NI LA RESIDENCIA IMPERIAL ESTABA LIBRE DEL IR Y VENIR DE HETERAS DE DIVERSA CATEGORIA

Los lugares por él preferidos para sus orgías, eran los alrededores de París; aunque dentro de la ciudad misma abundaban las capillas erigidas al dios Eros, en que el Emperador oficiaba.

“Pero ocurríale recibir a sus amables heteras en la misma

residencia oficial. Llegado este caso, cuidadosamente corría el cerrojo que separaba su despacho de la escalera que comunicaba con los departamentos de la Emperatriz.

“Un día, cuando sus amores con Mme. Waleska, amores también insuficientes, hizo venir a Palacio a cierta apetitosa actrícula de la legua, diestra en eróticos juegos. ¿Cómo pudo echar en olvido correr el cerrojo? En el momento mismo en que la actriz y él se besaban en un urente arrebato, abrióse una puerta y la rubia Waleska apareció, ávida, sin duda, de besar ella también. Pero al contemplar el espectáculo de su imperial amante absorto en su tarea, con la beldad sobre las rodillas y saboreando sus labios, una súbita cólera acometió bruscamente a la traicionada amante, que cerró la puerta sin hacer ruido. Napoleón advirtió entonces su distracción; pero era demasiado tarde. Otra puerta, aquella que nadie franqueaba, abrióse para dar paso a la ofendida esposa, a quien la vengativa amante había puesto al tanto de lo acontecido”.

HERIDA EUGENIA EN SU ORGULLO DE MUJER RESUELVESE A ENTABLAR JUICIO DE DIVORCIO

Flagrante adulterio, escena de furor y de lágrimas, disculpas del culpable sorprendido con las manos en la gustosa masa, balbucientes excusas:

—¡Vamos!... Un pasatiempo trivial... por lo demás sin importancia”.

La emperatriz seguía escupiendo frases poco protocolarias por su boca tímica y empalidecida, resuelta a no perdonar. El emperador acaba impacientándose:

—No quiero continuar sufriendo por más tiempo —acabó exclamando ella— estos agravios que inferís a un tiempo a mi dignidad de reina y a mi honra de esposa. Ni aceptaré jamás el degradante papel de sultana favorita, entre las otras mujeres con quienes satisfacéis vuestros apetitos caprichosos.

—¡Mira que exageras, Ugenia! Bien sabes tú que mi cariño... .

—Ya no creo en él... Ya no lo quiero... Lo único que deseo es marcharme”.

Al decir esto deshízose en un mar de llanto, que nada acertaba a represar.

Cumplió su amenaza, habló en serio del divorcio a un abogado, a Julio Favre, de la oposición; se marchó a Inglaterra, so pretexto de que causas de salud la obligaban al viaje. Y cuando efectivamente hubo curádose, pero de sus celos, se le invitó a regresar para que se efectuara una reconciliación, por lo demás momentánea.

EL ESTRAGADO PALADAR DE LUIS NAPOLEÓN EXIGIA MANJARES CADA VEZ MAS FUERTES

La enfermiza inclinación del emperador, no se contentaba con obtener los favores de las mujeres que excitaban su sensualidad.

Su agotado organismo exigía también los manjares, complicadamente condimentados, de los espectáculos pornográficos; el incitante espoleamiento de las exhibiciones sicilípticas. Así fué como adquirió equívoca celebridad aquel disimulado teatro desde cuyas ocultas localidades, los privilegiados espectadores, en busca de ardorosos estímulos, concentraban sus miradas sobre el lecho mullido y opulento de la cocota que servía de gancho para atraer a la función, al inadvertido personaje, señalado como candidato para saciar los bajos instintos del invisible emperador.

Posiblemente inspirado en la corte de Luis XV, Napoleón quiso emularla, y si aquel monarca tubo su Parque de los Ciervos, donde le preparaban, adiestraban y refinaban a sus favoritas de una o de algunas noches; el hijo de Hortensia imaginó aquella "venatoria galante", en que las piezas por cobrar eran bípedas corzuelas, de fina piel, de traviesas manos y de electrizante cabellera.

UN MAL HORRENDO, EL HOMOSEXUALISMO, CUNDIA HASTA EN LAS FILAS DEL EJERCITO

Y, a semejanza de la piedra que arrojada en un lago, empieza enturbiando la superficie de las aguas y en la trayectoria hasta el lecho subleva el cieno y va produciendo círculos concéntricos de cada vez mayores diámetros; así la deprava-

ción cortesana fué dilatándose hasta abarcar las capas sociales más distantes.

"El autor de "Las Mujeres del Imperio", afirma que en París había cincuenta mil sodomitas —expresan Simond y Poinot al transcribir las estadísticas de aquél—, cifra que nos parece excesiva; pero da las explicaciones siguientes, que reproducimos, no sin poner a su abrigo nuestra responsabilidad de historiadores.

"Pues que, dice, aparte del que reina en París, los asuntos de León y de otras ciudades han demostrado que el mal existía en provincia; y ya que por la noche los Campos Eliseos están repletos de Germiny (1) que buscan el placer en rincones inmundos, es necesario, sin embargo, explicar cómo veinte años de imperio y de culpables tolerancias tenidas con los criminales de elevada posición, han permitido a este innoble vicio desenvolverse, agrandarse e imponerse.

"... En todos los tiempos, los ejércitos permanentes han sido infestados de hábitos vergonzosos más o menos extendidos, a los que aun se fomentaba al permitir que los soldados durmieran por parejas; pero en cuanto cada soldado tuvo su cama, las costumbres mejoraron singularmente.

"Sobrevinieron por desgracia las guerras de Africa.

A PROPAGAR EN FILAS EL VICIO CONTRA NATURA CONTRIBUYERON EL CLIMA Y LA FALTA DE MUJERES

"Un clima que abrasa la sangre en las venas, la ausencia de mujeres, la promiscuidad de las tiendas de campaña, la increíble indisciplina de un ejército que operaba lejos de todo control, la infiltración de las costumbres árabes, la depravación escandalosa de los generales y de los coroneles que hacían cínica y pública ostentación; todo contribuía a hacer que el ejército de Africa relajara su moral.

"(1) Alusión a un proceso célebre. Es notorio que los Campos Eliseos, el Palacio Real, Las Tullerías y el Luxemburgo, fueron jardines de tráfico vitando, de donde el demonio mismo huyó desde que se tuvo la idea de iluminar algunos de esos lugares con grandes lámparas, y de cerrar otros al caer la noche".

"Sin embargo, el mal estaba circunscrito. Limitábase a la gangrena invasora de los cuerpos especiales y permanentes. Los regimientos de simple ocupación transitoria, apenas si se contaminaron. En 52, la más leve broma sobre parecida cuestión suscitaba todavía un duelo. Pero todo bien pronto cambió.

"El abate Parabére, limosnero de Africa, me ha hecho, sobre ese particular, confidencias que me han ilustrado y me han producido espanto.

"Una vez terminada la expedición de Kabilia (2), llamóse a Francia al general Saint-Arnaud, y se le dió carta blanca para que llamase de Africa a toda aquella hez militar, de que necesitaba para transformar la guarnición de París en una tropa de mercenarios adictos al pretendiente (Luis Napoleón, cuando, desde la presidencia de la República tramaba el asalto al trono) y prestos a degollar a los defensores de la ley..."

Así se explica que a México vinieran tipos de una complejidad inconcebible, que entremezclaban con el femenil cuidado de la persona, la ferocidad más desenfrenada. Berthelin, contraguerrillero desalmado, que se entregaba con enajenada voluptuosidad a los más horrorosos excesos de la efusión de sangre humana, del robo, del incendio y del estupro, acicalábase hasta lo increíble.

Cuando don Julio García, durante un encuentro, le derribó decapitado, la hórrida cabeza, separada ya del tronco, exhalaba penetrante olor a pschulí y, por entre la cabellera, la barba y los bigotes, corría la sangre, aunque sin humedecerlos; porque cosméticos, afeites y pomadas los impermeabilizaban.

Aquellos forájidos, dignos secuaces de Napoleón III, aunaban a un repelente afán de rebuscados atavíos propios de meretrices, la desquiciante crueldad, que es también atributo de la degeneración más abominable.

"(2) Hecha, se dice, para dar relieve a Saint-Arnaud y para preparar indirectamente el golpe de Estado".

LA PEQUEÑA AFRICA PROVEYO A FRANCIA DE LOS PEORES OFICIALES QUE JAMAS TUVO

"Así fué como se organizó la PEQUEÑA AFRICA —siguen diciendo los autores que citamos—, que suministró a Francia los peores oficiales que jamás tuvo.

"... Nada había que se opusiera a sus vicios desbordantes. Vióseles reproducir en pleno París los escándalos de los campos argelinos y de los baños moros".

"El autor recuerda algunos de ellos, que demuestran cómo el mal se propagó al clero y a la magistratura.

"A propósito de esto, cuenta que un día que se juzgaba un proceso de relajación de costumbres, uno de los jóvenes acusados se puso en pié y, llorando de rabia, exasperado y nervioso, exclamó:

"—¡Pues que nos aplastan, lo declararé todo! Téngase cuidado. Voy a denunciar a gentes que están **detrás** y **delante** de mí.

"Detrás estaba lo más granado de la burguesía y de la nobleza, que desalojó la sala en un abrir y cerrar de ojos.

"Delante, estaban los jueces... que, atornillados en sus sitials, palidieron de espanto..."

Después de narrar otros acontecimientos no menos bochornosos, los escritores que nos ocupan, añaden:

"Muchos otros escándalos de este género hubo bajo el Imperio; pero presentan una gran semejanza y muy despojados de atractivos están, para que nos detengamos a contarlos pormenorizadamente. Aun pedimos disculpa por haber insistido. Pero que no se nos acuse de inventar..."

NI LAS GRANDES DAMAS DE LA SOCIEDAD PARIENSE EVITABAN LA CONTAMINACION

"... El mismo M. Frédéric Latiúe, tan buen guía para los historiadores del Imperio, en la FIESTA IMPERIAL, escribe:

"De vez en cuando, como para avivar con una nota perversa la crónica ordinaria de los pecados del día, surgían es-

cándalos que, por una triste reversión de las leyes naturales, revelaban al público que la primavera de loslésbicos amores, hacía estragos entre las curiosas de la sociedad y entre las artistas; visto que había jóvenes que vivían y respiraban, y para quienes la belleza de las mujeres no era el más ambicionado de los tesoros. Se contó que Mlle. Delacourt había llegado a seducir a Mlle. Circo. Se reveló que un hombre muy descolante entre la sociedad parisiense, fué sorprendido, cierta noche, en compañía de efebos en traje, los unos, de mujeres, y los otros de abates. Un estrépito ensordecedor estalló en torno del asunto Guevaria.

"Hubo algunas, entre las más grandes damas, en quienes, el haber tomado gusto en solicitarse unas a otras las ilusiones sexuales, ora por pasajera fantasía, ora por capricho del fruto prohibido, ora por un prurito libertino de saber más de lo que ya se sabía, ora por un arrebató irresistible y total de los sentidos; llegó a asumir la condición de hábito.

Entre ellos habíalos que portaban nombres sonoros, poseedores de títulos, asíduos a las reuniones más escogidas, muy relacionados en sociedad; pero que, sin embargo, formaban grupo aparte en la relación de los sexos. Sus modales eran inatacables, su apariencia exterior irreprochable y, sin embargo, alderredor de sus costumbres circulaban enojosas murmuraciones, que mucho recordaban los usos griegos. Tenían amigas entre la sociedad; pero muy difícilmente se hubiera podido señalarles una querida. No se les conoció mujer sino el día en que, sucesivamente, fueron casándose por razones de conveniencia, de fortuna o de blasón".

Increíble parece que, al sólo influjo del régimen séptico de Napoleón III, la sociedad francesa hubiera llegado a tamaños extremos de descomposición.

¡Y más increíble aún que aquél improvisado emperador, pretendiera erigirse en el apóstol y en el redentor de nuestra Patria!

Especiosos pretextos para justificar la intervención

Las afanosas intrigas clericales acaban por último dando su fruto — El establecimiento del Imperio era cosa de antiguo decidida — Supercherías inadmisibles — Los especuladores internacionales afilan las uñas — Desesperada situación económica y suspensión temporal del pago de la Deuda — Estados Unidos se ofrecen como fiadores, a cambio de la riqueza nacional como garantía.